

SALVADOR

(CONTINUACIÓN DE LOS MOHICANOS DE PARÍS).

SALVADOR

(CONTINUACIÓN DE LOS MOHICANOS DE PARÍS.)

CAPÍTULO PRIMERO.

LA DOBLE CAZA.

En las primeras horas de la mañana del 27 de Marzo, la pequeña ciudad de Kehl, si es que á Kehl se la puede llamar ciudad, habia sido alarmada con la llegada de dos sillas de posta, que bajaban con tal velocidad la única calle que tenía, que se temía, y con razón, que al enfilarse el puente de barcas que conduce á Francia, la menor falta de dirección podia hacer que cayesen en el río silla y caballos, postillón y viajeros.

Las dos sillas de posta, sin embargo, aunque parecían luchar en rapidez, aflojaron el paso á los dos tercios de la calle, y acabaron por pasar frente al portón de una especie de fonda, sobre la cual se destacaba un lienzo, en el que se veía pintado un hombre vestido con sombrero de tres cantiles, botas de montar, traje azul con galones de oro, adornado con una gigantesca coleta, y bajo sus espuelas se podían leer estas tres palabras: *Al gran Federico.*

El posadero y su mujer, que al oír el ruido lejano de las ruedas se habían dirigido corriendo á la puerta, y que al ver la rapidez de los carruajes habían perdido la esperanza de hospedar á los viajeros; el posadero y su mujer, decimos, al

ver detenerse los carruajes en la puerta, se lanzaron cada uno á una de las portezuelas de las sillas.

De la primera saltó rápidamente un hombre como de cincuenta años, vestido con un gabán color de castaña, abrochado hasta el cuello, pantalón negro y sombrero de anchas alas. Tenía bigote espeso y erizado, firme mirada, cargadas las cejas, y los cabellos cortados á punta de tijera.

Sus cejas eran negras como los ojos, á quienes daban sombra; pero su barba y cabello comenzaban á encanecer.

Iba envuelto en una ancha capa.

De la segunda silla se apeó con majestuosa dignidad, un hombre bastante fornido, según lo que dejaban adivinar su polonesa, con labores de trencilla de oro y su capa húngara, ó dándole su verdadero nombre, su *gouba* cargada de bordados, en la cual iba envuelto de los pies á la cabeza.

Al ver tan rico abrigo, el desembarazo con que era llevado y la dignidad del que lo llevaba, cualquiera hubiese apostado que el viajero era algún noble hospodar válaco que venía de Jasi ó de Bucharest, ó cuando menos algún rico magyar, que desde Pesth se dirigía á Francia, portador de alguna nota diplomática.

Pero no hubiera podido menos de convencerse pronto de que había perdido la apuesta, al contemplar de cerca á aquel noble extranjero, porque, á pesar del inmenso bigote que acariciaba con fingida indiferencia, hubiera encontrado bien pronto, bajo aquel aristocrático aspecto, condiciones vulgares que hacían descender al extranjero del elevado rango que se le suponía, al de intendente ó mayordomo de una gran casa, ó al de oficial de tercera ó cuarta clase en una oficina.

En efecto, del mismo modo que el lector ha conocido en el viajero que se apeó de la primera berlina á Mr. Sarranti, no dudamos que también habrá conocido á maese Gibassier en el de la segunda.

Recordará el lector, que al marchar Mr. Jackal para Viena, había encargado á Gibassier que esperase á Mr. Sarranti en Kehl.

Gibassier había descansado cuatro días en la fonda del correo; en la tarde del quinto vió pasar por la población á Carmañola, disfrazado de correo, el cual le anunció de parte de M. Jackal, que Mr. Sarranti debía llegar al día siguiente, y que fuese á Steinbach, donde hallaría una silla de posta que le esperaba en la fonda del Sol, y que dentro de la silla hallaría todos los disfraces necesarios para la ejecución de las órdenes que le había comunicado.

Estas órdenes eran bien sencillas; pero por ser sencillas, no eran más fáciles de ejecutar.

Consistían éstas en no perder de vista á Mr. Sarranti, en pegarse á él durante todo el camino como la sombra al cuerpo, y llegado á París, seguirlo á todos lados: pero esto tan diestramente hecho, que Mr. Sarranti no pudiera llegar á sospechar lo más mínimo.

Mr. Jackal confiaba en la reconocida habilidad de Gibassier para variar de traje y figura.

Habiendo marchado en el acto Gibassier á Steinbach, había encontrado, al llegar, la fonda; en la fonda el carruaje, y en este un completo surtido de trajes, entre los cuales había elegido, como de más abrigo para el viaje, aquel con que le hemos visto adornado en el momento que ha aparecido á nuestra vista.

Pero con gran admiración suya pasó el día 26, y parte de la noche había transcurrido ya sin que apareciera ningún

viajero, cuyas señas conviniesen con las que se le habían comunicado.

Por fin, hacia las dos de la mañana oyó el chasquido de un látigo y el sonido de los cascabeles y campanillas.

Había hecho enganchar sus caballos, y en cuanto se aseguró que el viajero, anunciado por el doble ruido, era Mr. Sarranti, tranquilo ya respecto á su hombre, mandó al postillón que marchase al paso acostumbrado.

Diez minutos después, Mr. Sarranti, que no se había detenido más que el tiempo necesario para tomar un ligero refrigerio, partió á su vez, corriendo detrás de aquel que estaba encargado de perseguirle.

Sucedió lo que había previsto Gibassier. Á dos leguas de Steinbach le había alcanzado Mr. Sarranti.

Como los reglamentos de la posta no permiten que un viajero pase delante de otro, sin permiso del que precede, atendido á que en el primer relevo pudiera tomar el único tiro que hubiera disponible; las dos sillas se siguieron por algún tiempo, sin que la segunda se atreviera á pasar á la primera.

Por fin, M. Sarranti hizo pedir el permiso de pasar á Gibassier. Este fué concedido con tal cortesía, que Mr. Sarranti no pudo menos de apearse para ir por sí mismo á dar las gracias al hidalgo húngaro, por el favor que acababa de dispensarle. Hecho esto y previo el correspondiente saludo, Mr. Sarranti volvió á montar y echó á correr, rápido como el viento.

Gibassier le siguió; pero esta vez, recomendando al postillón que caminase al mismo paso que el que llevase la silla del viajero que le precedía.

El postillón había obedecido, y ya hemos visto á las dos sillas de posta entrar al gran galope en la ciudad de Khel y detenerse en la fonda del *Gran Federico*.

Después de un cortés saludo, pero sin cambiar una sola palabra, los dos viajeros habían entrado en la fonda, subido al comedor, sentándose cada uno en su mesa y pedido de almorzar, Mr. Sarranti en excelente francés, Gibassier con marcado acento alemán.

Silencioso siempre, Gibassier había probado desdeñosamente los platos que le habían servido, y después de haber pagado el gasto, viendo levantarse á Mr. Sarranti, se levantó á su vez, dirigiéndose tranquilamente y sin prisa hacia su carruaje.

Las dos sillas volvieron á emprender su carrera desenfundada, yendo la de Mr. Sarranti sólo á unos veinte pasos de distancia de la de Gibassier.

Al llegar por la noche á Nancy, el postillón de Mr. Sarranti, que era padrino de boda de un primo suyo, halló de muy mal gusto el dejar la comida por una jornada de once leguas de ida y vuelta, y prevenido por su camarada que su viajero deseaba correr mucho y pagaba bien, el postillón, decimos, hizo tomar á los caballos tan desenfundado galope, que al llegar, como hemos dicho, por la noche á Nancy, caballos, postillón y silla dieron tan tremendo vuelco, que del pecho del sensible Gibassier se escapó un grito de terror, lanzándose al propio tiempo de la silla para ir al socorro de Mr. Sarranti.

Gibassier obraba así para tranquilidad de su conciencia, porque después del vuelco que acababa de ver dar á la silla, estaba convencido que el viajero que en ella iba, más que de los cuidados de un médico ó de un compañero de viaje, tenía necesidad de un sacerdote.

Con gran admiración suya, halló á Mr. Sarranti sano y salvo. Hasta el postillón sólo tenía una costilla medio quebrada y un pie dislocado. Pero si la Providencia, como buena

madre, había salvado á las personas, no hizo lo mismo respecto á las bestias y al carruaje.

Uno de los caballos quedó muerto en el acto; el otro tenía una pata rota, los ejes de la silla se habían roto, y todo un lado, sobre el que había caído, estaba hecho astillas.

No se podía, pues, pensar seriamente en volver á ponerse en camino.

Mr. Sarranti lanzó algunas interjecciones, que no revelaban en él un carácter angelical, ni una paciencia evangélica. Pero era preciso que tomase un partido, y esto iba á hacer sin duda, cuando el magyar Gibassier, en un lenguaje mitad francés, mitad alemán, pero que no era en realidad ni uno ni otro, ofreció á su compañero de viaje un asiento en su silla.

La oferta era tan oportuna y parecía hecha de tan buena voluntad, que Mr. Sarranti no dudó un momento en aceptar.

Trasladaron, pues, el equipaje del primer carruaje al segundo, prometieron al postillón enviarle socorro desde Nancy, de donde no distaban más que una legua, y volvieron á emprender su marcha con la misma rapidez.

Cambiados los primeros cumplimientos, Gibassier que no estaba muy seguro de hablar bien en alemán, y que temía que Mr. Sarranti, por más que fuese corso, conociese á fondo este idioma, Gibassier evitó cuidadosamente todo interrogatorio, contentándose con responder á las atentas palabras de su compañero con un *si* ó un *no*, cuya acentuación asemejaba cuanto podía al idioma francés.

Llegaron á Nancy.

Detuviéronse en la fonda del *Gran Estanislao* que es al mismo tiempo la de la posta.

Mr. Sarranti se apeó del carruaje, volvió á dar gracias á su compañero el magyar, y quiso retirarse.

— Caballero, dijo Gibassier, pareceme que deseáis llegar cuanto antes á París; vuestro carruaje no estará compuesto por lo menos hasta mañana, y por consiguiente, perdéis un día.

— Tanto más me contraría esto, dijo Sarranti, cuanto que ya me ha sucedido otro accidente por el estilo en Ratisbona, y he perdido allí otras veinticuatro horas.

Gibassier se explicó entonces el retraso que tanto le había atormentado en Steinbach.

— Pero, añadió Mr. Sarranti, no esperaré á que compongan mi silla, compraré otra.

En efecto, dió orden al maestro de postas que le buscase un carruaje, fuese como fuese, con el cual pudiera continuar su camino en el mismo momento.

Gibassier pensó, que por pronto que se encontrase un carruaje, fuese examinado, ajustado y dispuesto, tendría tiempo para comer. No había tomado nada desde por la mañana en Khel, y aunque su estómago, en caso extremo, pudiese rivalizar en frugalidad con el del camello, justamente porque pudiese llegar este caso, el prudente Gibassier no dejaba nunca, cuando se le presentaba como ahora, la ocasión de revituallarle.

Sin duda Mr. Sarranti, por su parte, juzgó á propósito el tomar las mismas precauciones, pues los dos, como aquella mañana, sentándose en diferentes mesas, llamaron al mismo tiempo al camarero, y con un tono que indicaba la laudable unanimidad de sus opiniones, contentáronse con pronunciar estas palabras:

— Mozo, un cubierto.

CAPÍTULO II.

EL HOTEL DEL GRAN TURCO, PLAZA DE SAN ANDRÉS DE LOS ARCOS.

Para los que se admiren de no haber visto á Mr. Sarranti aceptar el ofrecimiento que le hacía Gibassier, y aun más teniendo prisa, diremos, que si en general hay hombre más fino que el agente de policía que persigue á alguno, indudablemente éste es el perseguido.

Habían brotado en la imaginación de Mr. Sarranti algunas sospechas respecto al magyar, que tan mal hablaba el francés, y que sin embargo, cuando se le hablaba en este idioma, respondía con tal inteligencia y oportunidad, al paso que cuando se le hablaba alemán, polaco ó valaco, tres idiomas que Mr. Sarranti conocía maravillosamente, respondía tartamudeando: *ja* ó *nein*, envolviéndose en su goubá y aparentando dormir.

Resultó de aquí, que gracias á estas sospechas, durante la legua y media que tuvieron que andar desde el sitio donde se rompió la silla hasta la fonda en que los hemos visto parar á comer, Mr. Sarranti resolvió, costase lo que costase, pasarse sin el auxilio de su complaciente pero taciturno compañero de viaje.

Hé aquí por qué había pedido un carruaje, no queriendo esperar á que el suyo estuviese compuesto, ni aceptar un asiento en el del noble húngaro.

También Gibassier era demasiado listo para no comprender esta desconfianza. Así que, corriendo mandó, en vista de la necesidad que tenía de llegar á París al siguiente día,

pues era esperado con impaciencia por el embajador de Austria, que enganchasen los caballos á la silla.

Cumplida esta orden, Gibassier saludó á Mr. Sarranti, metióse el gorro hasta las orejas, y salió.

Según la prisa que tenía, era más que probable que Mr. Sarranti siguiese la carretera hasta Ligny.

Aquí, sin duda dejaría á Bar-le-Duc á la derecha, y por el camino de Ancerville se dirigiría á Saint-Dizier y Vitry-le-Français.

Pero en Vitry-le-Français tenía ya duda del camino que podía seguir.

Una vez en aquel punto, Mr. Sarranti, ¿echaría por Châlons, describiendo una curva, ó marcharía rectamente por la Fère-Champenoise, Coulommiers, Crecy y Ligny?

Cuestión era ésta que no se podía decidir sino en Vitry-le-Français.

Gibassier indicó su camino por Toul, Ligny y Saint-Dizier.

Solamente que en medio de Vitry se detuvo, y después de haber hablado con su postillón diez minutos, el carruaje volcó en uno de los lados del camino rompiéndose además al caer el eje del juego delantero.

Media hora haría que se hallaba en esta triste posición, bien conocida, y que por consecuencia debía ser bien apreciada de Mr. Sarranti, cuando la silla de postas de éste apareció en lo alto de la calzada.

Al acercarse al carruaje volcado, Mr. Sarranti sacó la cabeza por la portezuela, y vió al magyar que hacía, con ayuda del postillón, inútiles esfuerzos para volver á poner la silla en estado de continuar su camino.

Hubiera sido, por parte de Mr. Sarranti, una inaudita grosería el dejar á Gibassier en tal situación, cuando éste,

con motivo de igual accidente, puso á disposición suya su carruaje.

Ofreciéndole, pues, á su vez un asiento, lo que Gibassier aceptó con notable discreción, fijando en Vitry-el-Français el término de la incomodidad que iba á causar á S. E. Mr. de Bornis.

Este era el nombre supuesto con que viajaba Mr. Sarranti.

Transportaron, pues, á la silla de M. de Bornis la gigantesca maleta del magyar, y volvieron á emprender el camino de Vitry-le-Français, donde llegaron veinte minutos después.

Detuviéronse en la casa de postas.

Mr. de Bornis pidió caballos; Gibassier un carruaje cualquiera en que continuar su camino.

El maestro de postas le ofreció un deteriorado cabriolé, que aunque muy viejo, pareció satisfacer la exigencia de Gibassier.

M. de Bornis, tranquilo ya por la suerte de su compañero, se despidió de éste y dió orden como lo había pensado Gibassier, de seguir el camino de la Fère-Champenoise.

Gibassier terminó su trato con el maestro de postas, y partió, mandando al postillón que siguiera el mismo camino que acababa de indicar el viajero que le precedía.

El postillón tenía cinco francos de propina en el momento en que alcanzase á ver la silla de posta.

Lanzó, pues, sus caballos al galope; pero llegaron al relevo sin haber visto nada.

Aquí preguntaron al maestro de postas y al postillón. Ninguna silla había pasado por allí desde la víspera.

La cosa es clara: Mr. Sarranti desconfiaba. Había indicado

el camino de la Fère-Champenoise y había tomado el de Chalons.

Gibassier estaba burlado.

No tenía que perder momento para llegar á Meaux antes que Mr. Sarranti.

Gibassier dejó allí el cabriolé, sacó de su maleta un traje completo de correo de gabinete azul y oro, púsose un calzón de piel, y colocó en su espalda la cartera para los despachos. Desembarazóse de su barba y bigote y pidió un caballo de posta.

En un momento estuvo el caballo ensillado, y Gibassier galopando por el camino de Sésanne. Pensaba llegar á Meaux por la Ferté-Gaucher y Coulommiers.

No se detuvo ni para comer ni para beber; anduvo de una tirada treinta leguas, y llegó por fin á las puertas de Meaux.

Ninguna silla de posta semejante á la que Gibassier describía, había pasado por allí.

Gibassier se detuvo: mandó que le sirvieran de comer en la cocina; comió, bebió y esperó.

Un caballo ensillado esperaba también.

Al cabo de una hora, el carruaje, con tanta impaciencia esperado, llegó por fin.

La noche estaba muy oscura.

Mr. Sarranti tomó en su mismo carruaje un refresco, y dió orden de marchar á Paris por Claye.

Era todo lo que Gibassier necesitaba saber.

Salió por una puerta del patio, montó á caballo, y dando vuelta á una callejuela, se halló en medio de la carretera de Paris.

Al cabo de diez minutos vió brillar detrás de él los dos faroles de la silla de Mr. Sarranti.

Era cabalmente todo lo que necesitaba ; veía y no era visto.

Tratábase ahora de que no le oyeran, como no le veían.

Echó, pues, por la parte baja del camino, galopando siempre á distancia de un kilómetro delante de la silla.

Llegó á Bondy.

Allí, en un abrir y cerrar de ojos, el correo de gabinete se metamorfoseó en postillón, y mediante cinco francos, el que debía marchar no tuvo inconveniente alguno en cederle su puesto.

Mr. Sarranti llegó también.

No merecía la pena el detenerse tan cerca de París.

Sacó, pues, la cabeza y pidió caballos.

— Hélos aquí, mi amo, y buenos, respondió Gibassier.

En efecto, eran dos de esos blancos y fuertes caballos del Perche, que están siempre relinchando y piafando.

— ¿ Os estaréis quietos, demonios ? grito Gibassier al colocarlos en su sitio y engancharlos con la destreza de un postillón consumado.

Cuando concluyó, preguntó desde la portezuela y con el sombrero en la mano ;

— ¿ Dónde queréis apearos, mi amo ?

— En la plaza de San Andrés de los Arcos, fonda del *Gran Turco*, contestó Mr. Sarranti.

— Bueno, dijo Gibassier, haceos cuenta que estáis ya en ella.

— ¿ Cuánto tardaremos ? preguntó Mr. Sarranti.

— En cinco cuartos de hora estaremos allí.

— Diez francos de propina, si llegamos en una hora.

— Estaremos, mi amo.

Y montando á caballo Gibassier, partió la silla al galope.

Esta vez estaba seguro que no se le escaparía Mr. Sarranti.

Llegaron á la barrera : los aduaneros los examinaron con esa rapidez con que acostumbran á honrar á los viajeros que caminan en posta ; pronunciaron la palabra sacramental *marchad*, y Mr. Sarranti, que siete años antes había salido de París por la barrera de Fontainebleau, volvió á entrar en ella por la de la Petite-Vilette.

Una hora después entraban al gran trote en el portal de la fonda del *Gran Turco*, situada en la plaza de San Andrés de los Arcos.

No había desocupados en la fonda más que dos cuartos, situados uno enfrente de otro, en el mismo piso : el número 6 y el número 11.

El camarero guió á Mr. Sarranti, que eligió el número 6.

El camarero bajó.

— Decidme, amigo, dijo Gibassier.

— ¿ Qué quiere el postillón ? contestó desdeñosamente el camarero.

— ¡ Postillón !... ya se ve que lo soy, ¿ es acaso aensnonra el serlo ?

— No, que yo sepa ; pero os llamo postillón porque lo sois.

— Sea enhorabuena, dijo Gibassier dando dos pasos hacia sus caballos.

— Y bien, le preguntó el camarero, ¿ qué me queriais ?

— ¡ Yo !... ¡ nada !

— Pero, ¿ qué deciais ahora poco ?

— ¿ Qué !

— Deciais, amigo...

— ¡ Ah ! ¡ es verdad ! Hé aquí la cosa. Mr. Poirier... ¿ le conocéis ?

- ¿Qué Mr. Poirier?
- Toma, Mr. Poirier.
- No conozco á Mr. Poirier.
- Mr. Poirier, el amo de nuestra casa... ¿no le conocéis?
- Mr. Poirier que tiene un rebaño de cuatrocientas cabezas ;
¿no conocéis á Mr. Poirier?
- He dicho que no le conozco.
- Tanto peor ; llegará á las once, en el coche del *Plat d'Étain*. ¿Conocéis bien el coche del *Plat d'Étain*?
- No.
- Entonces, no conocéis á nadie. ¿Qué es lo que os han enseñado vuestros padres, que no conocéis á Mr. Poirier, ni al carruaje del *Plat d'Étain*?
- Pero, en fin, ¿adónde queréis ir á parar con vuestro Mr. Poirier.
- ¡ Ah ! quería daros un napoleón de su parte ; ¿pero si no le conocéis ?
- Podré hacer conocimiento...
- ¿ Si no le conocéis ?
- Pero, en fin, ¿ para qué ese napoleón ? porque creo que por mis bellos ojos no me lo daría.
- Supongo que no, porque sois bizzo.
- Pero, en fin, ¿ por qué os ha encargado Mr. Poirier que me dieseis un napoleón ?
- Para que le guardaseis un cuarto sin duda, porque tiene que venir á arreglar algunos negocios en el arrabal de San Germán. Me dijo : Charpillón... me llamo Charpillón, porque así se llamaba mi padre y mi abuelo... es nombre de familia...
- Me alegro mucho, señor Charpillón, dijo el camarero.
- Me dijo : Charpillón, darás un napoleón á la criada

de la fonda del *Gran Turco*, plaza de San Andrés de los Arcos, á fin de que me reserve un cuarto. ¿Dónde está la criada ?

- Es inútil, yo puedo...
- ¡ Oh ! no, puesto que no le conocéis...
- No hay necesidad de conocerle para guardarle un cuarto.
- ¡ Calla ! es verdad... Vaya, no sois tan tonto como yo me habia' figurado.
- Gracias.
- Aquí está el napoleón ; ¿ conoceréis á Mr. Poirier cuando venga ?
- ¿ Á Mr. Poirier ?
- Si.
- Como diga su nombre...
- Cuando veáis un hombre de buen aspecto, con un tapaboca que le cubre la mitad de la cara y un gabán de castor verdoso, podéis decir, sin miedo de equivocaros, que ese es Mr. Poirier. Y ahora, buenas noches ; haced que tenga una buena temperatura el número 11, porque Mr. Poirier es muy friolento. ¡ Ah !... oid : creo que no le disgustará el que le tengáis dispuesta una buena cena en su cuarto.
- ¡ Bueno ! dijo el camarero.
- ¡ Ah ! ya me olvidaba.
- ¿ El qué es ?
- Lo principal.
- ¿ Y qué es ?...
- Que no bebe más que vino de Burdeos.
- Bueno ; cuando venga, hallará en la mesa una botella de vino de Burdeos.
- Entonces ya no tiene que desear más sino tener unos

ojos como los tuyos ; con eso, mirando hacia Bondi, podrá ver si Charentón se quema.

Y lanzando una gran carcajada, que revelaba la alegría que le causaba su ocurrencia, el postillón salió de la fonda del *Gran Turco*.

Un cuarto de hora después paraba en la puerta de la fonda un cabriolé. Un hombre se apeó de él con un traje igual al designado por Charpillón, y dándose á conocer al camarero, que le esperaba como Mr. Poirier, fué conducido por éste al cuarto número 11, donde se hallaba servida una excelente cena, y donde una botella de Burdeos aguardaba, colocada á conveniente distancia del fuego, en ese temple que le dan antes de gustarlo los verdaderos bebedores.

CAPÍTULO III.

NADIE LE HACE Á UNO TRAICIÓN MÁS QUE SUS AMIGOS.

Cinco minutos después, Mr. Poirier se hallaba cómodamente establecido en el cuarto número 11, y conocía perfectamente todos los rincones de él, como si lo hubiera habitado toda la vida.

Mr. Poirier tenía un carácter que le hacía trabar amistad instantáneamente con todo el mundo, y un temperamento que se familiarizaba rápidamente con todos los lugares.

Sólo declaró al camarero, que no necesitaba nadie que le sirviese, que le gustaba comer solo y tranquilo, sin que le hiciese falta el que le llenasen el vaso ni le quitasen el plato cuando aun había algo en él.

Solo ya, y cuando oyó perderse á lo lejos el menor de los

pasos del camarero, el falso Poirier, ó el verdadero Gibassier, como si se le quisiera llamar, abrió su puerta.

En aquel momento, Mr. Sarranti abría también la suya. Gibassier no cerró su puerta, sino que la entornó.

Mr. Sarranti daba á la criada, que acababa de hacer su cama, algunas órdenes, que indicaban que dentro de una ó dos horas estaría de vuelta.

— ¡ Oh ! dijo Gibassier, parece que á pesar de lo avanzado de la hora, mi vecino va á dar un paseito. Veamos á qué sitio se dirige.

Gibassier apagó las dos bujías que ardían sobre su mesa, y abrió la ventana antes que Mr. Sarranti hubiera salido de la casa.

Pocos momentos tardó en verlo salir y tomar por la calle de San Andrés de los Arcos.

— Estoy seguro que volverá, dijo, pues no puede sospechar que yo estuviera escuchando las órdenes que daba. Pero, ¡ ah ! fuera pereza, cumplamos religiosamente nuestra consigna, y sepamos adónde va.

Bajó rápidamente la escalera y le siguió por la calle de Bussy, el mercado de San Germán, la plaza de San Sulpicio y la calle del Pot-de-Fer, donde le vió entrar en una casa, sin mirar siquiera el número.

Gibassier fué más curioso que él.

La casa donde había entrado tenía el número 28.

Gibassier subió toda la calle, se deslizó á lo largo del hotel Cossé-Brissac, y esperó.

No aguardó mucho tiempo ; Mr. Sarranti no hizo más que entrar y salir.

Pero en vez de bajar la calle, la subió también ; es decir, que pasó por delante de Gibassier, el cual, púdica y prudentemente, se metió en el hueco de una puerta.